

Benna Murcatto salva una vida

El amanecer tenía el color de la sangre enferma. Huía del este y manchaba de rojo el cielo oscuro, dando a los jirones de nubes un color dorado que no les pertenecía. Bajo él, la carretera se retorció montaña arriba, hacia la fortaleza de Fontezarmo, un cúmulo de torres bajas de color ceniza oscuro que se recortaba ante los cielos heridos. El amanecer era rojo, negro y oro.

Los colores de su profesión.

—Monza, esta mañana estás especialmente hermosa.

Ella suspiró como si aquella circunstancia fuese accidental. Como si no hubiera pasado una hora acicalándose ante el espejo.

—Las cosas son lo que son. Y el hecho de decir cómo son no tiene mérito. Acabas de demostrar que no estás ciego, sólo eso —dijo, mientras se desperezaba en la silla de montar y hacía una larga pausa, para luego añadir—: Pero sigue diciéndome cosas.

Él se aclaró sonoramente la garganta y alargó una mano como el mal actor que se dispone a soltar su parlamento.

—Tu cabello es como... ¡un velo de arena que rielase!

—Eres un gallito presumido. ¿Ayer qué era? ¿Una cortina de medianoche? Eso me gustó más, tenía cierta poesía. Aunque mala, pero sigue.

—Mierda —miró hacia las nubes y bizqueó—. Entonces diré que tus ojos relucen como zafiros penetrantes y sin precio.

—¿Acaso tengo ahora piedras en la cara?

—Tus labios son como pétalos de rosa.

Ella le escupió, pero él anduvo listo y se apartó, de suerte que el escupitajo pasó cerca de su caballo y cayó en las piedras reseca que se encontraban junto al sendero.

—Eso es para que tus rosas crezcan más rápido, capullo. Puedes hacerlo mejor.

—Cada día es más difícil —murmuró él—. La joya que te regalé te queda muy bonita.

Ella alzó la mano derecha para admirarla, un rubí tan grande como una almendra, que atrapaba los primeros destellos de la luz del sol y relucía como una herida abierta.

—Me han hecho regalos peores —dijo.

—Le pega a tu temperamento tan fogoso.

Ella lanzó una risotada mientras decía:

—Y a mi reputación sangrienta.

—¡A la mierda tu reputación! ¡Sólo sirve para que cotilleen los idiotas! Eres un sueño. Una visión. Eres como... —chasqueó los dedos— ¡la mismísima diosa de la guerra!

—Una diosa, ¿eh?

—De la guerra. ¿Te gusta?

—No está mal. Si puedes besarle el culo al duque Orso la mitad de bien que piropeas, quizá nos dé un premio.

—Sólo hay una cosa que me guste más que el amanecer: mirar las nalgas llenas y redondas de Su Excelencia. Es como contemplar... el poder —Benna fruncía los labios en una mueca.

Los cascos de los caballos golpeaban el arenoso sendero, las sillitas crujían y los arneses tintineaban. El camino iba sin parar de un lado para otro. El resto del mundo se desplazaba bajo ellos. El cielo del este se desangró, pasando del rojo a un rosa de matadero. El río surgió lentamente ante su vista, serpenteando entre los bosques otoñales que circundaban la base del empapado valle. Centelleante, como un ejército en marcha, corriendo rápido e implacable hacia el mar. Hacia Talins.

—Estoy esperando —dijo él.

—¿El qué?

—Los cumplidos que ahora te toca decir a ti, por supuesto.

—Si no se te quitan esos humos de la cabeza, te va a estallar de mala manera —retorció los puños de seda de su camisa—. Y no quiero tus sesos encima de mi camisa nueva.

—¡Me has matado! —Benna se llevó una mano al pecho—. Zorra desalmada, ¿así es como me pagas la devoción que he mostrado por ti todos estos años?

—Campesino, ¿cómo te atreves a presumir de la devoción que sientes por mí? ¡Es como si una garrapata sintiera devoción por un tigre!

—¿Un tigre? ¡Vaya! Cuando te comparan con un animal, siempre sale a relucir una serpiente.

—Mejor eso que un gusano.

—Furcia.

—Cobarde.

—Asesina.

Apenas podía negar aquel último apelativo. El silencio cayó nuevamente sobre ellos. Un pájaro gorjeó desde el árbol sediento que se encontraba junto al camino. Benna acercó poco a poco su caballo al suyo y murmuró cortésmente:

—Monza, esta mañana estás especialmente hermosa.

Una sonrisa asomó por una de las comisuras de su boca. Por el lado que él no podía ver.

—Bueno, las cosas son lo que son.

Ella espoleó su caballo, y la muralla exterior de la ciudadela de Fontezarmo salió a su encuentro. El estrecho puente que cruzaba un vertiginoso precipicio terminaba ante la barbacana, cubierto todo él por las chispeantes gotas de agua que caían. En su extremo se abría, bostezante, una puerta que parecía conducir a la tumba.

—Han reforzado las murallas en el último año —musitó Benna—. No me gustaría tener que atacar este sitio.

—¿No irás a pretender ahora que tienes los redaños suficientes para subir por una escala?

—No me gustaría tener que ordenar a alguien que atacase este sitio.

—¿No irás a pretender ahora que tienes los redaños suficientes para dar órdenes?

—Pues no.

Ella se inclinó con cuidado en la silla de montar y miró la pendiente muy empinada que quedaba a su izquierda. Luego echó un vistazo a la escarpada muralla de su derecha, cuyas almenas formaban una negra línea mellada que se recortaba contra el brillante cielo, y comentó:

—Es como si temiera que alguien pudiese matarle.

—¿Entonces... tiene muchos enemigos? —preguntó Benna con un susurro, abriendo unos ojos tan grandes como platos y esbozando una mueca de sorpresa.

—Sólo media Styria.

—Y yo, que me había empeñado tanto en ser popular... —Pasaban al trote entre dos soldados de rostro severo, con lanzas y bonetes de hierro tan relimpios que tenían un resplandor asesino. Los cascos de los caballos resonaban en la oscuridad del largo túnel, que comenzaba a hacerse más empinado—. Ahora tienes ese aspecto...

—¿Qué aspecto?

—Ya basta de bromas por hoy.

—Uh —ella sintió que una mueca archiconocida afloraba en su rostro—. Tú puedes permitirte una sonrisa. Eres el bueno.

Al otro lado de las puertas el mundo era diferente, el aire estaba cargado con olor a lavanda y, después de recorrer la gris ladera de la montaña, parecía llenarse con un color verde brillante. Un mundo de césped cortado al ras, de setos torturados para que adquiriesen formas irreales, de fuentes que lanzaban hacia lo alto su reluciente lluvia. Unos guardias siniestros, con la cruz negra de Talins sobre sus blancas sobrevestis, aguaban delante de todas las puertas tan bonito espectáculo.

—Monza...

—¿Sí?

—Que sea la última campaña que hacemos —Benna intentaba convencerla—. El último verano que nos arrastramos por el polvo. Busquemos una actividad más placentera. Ahora, que aún somos jóvenes.

—¿Y qué hacemos con las Mil Espadas, ahora ya casi diez mil, que nos buscan a la espera de órdenes?

—Que nos sigan buscando. Se unieron a nosotros para saquear

y nosotros hemos cumplido. Su lealtad nunca va más allá de su propio beneficio.

Ella tuvo que admitir que las Mil Espadas nunca habían representado lo mejor de la humanidad, ni siquiera lo mejor de los mercenarios. La mayoría de sus miembros sólo se encontraban un peldaño por encima de los criminales. Los demás estaban un peldaño por debajo. Pero ésa no era la cuestión. Por eso dijo con un gruñido:

—En esta vida hay que tener apego por algo.

—No sé por qué.

—Como siempre. Una campaña más y Visserine caerá, Rogont se rendirá y la Liga de los Ocho sólo será un mal recuerdo. Orso podrá coronarse a sí mismo rey de Styria, y entonces nosotros nos esfumaremos y nadie nos recordará.

—Merecemos que nos recuerden. Podríamos tener nuestra propia ciudad. Tú podrías ser la noble duquesa Monzcarro de... donde sea...

—¿Y tú el impávido duque Benna? —rió mientras lo decía—. Eres tonto del culo. Apenas podrías gobernar tus propias tripas sin mi ayuda. La guerra es un negocio bastante turbio, y yo no domino la política. Si Orso acaba siendo coronado, nos retiramos.

Benna suspiró y dijo:

—Suponía que éramos mercenarios. A Cosca jamás le gustaron los tipos como él.

—Pero yo no soy Cosca. De cualquier modo, no es prudente negarle nada al señor de Talins.

—Pero si te gusta luchar...

—No. Me gusta ganar. Sólo una campaña más y luego veremos mundo. Visitaremos el Viejo Imperio. Recorreremos las Mil Islas. Navegaremos hasta Adua y nos hospedaremos en la Casa del Haccedor. Viajaremos por todas partes —Benna puso mala cara, como siempre que algo no le gustaba. Pero, aunque pusiera mala cara, no le llevó la contraria. En ocasiones era consciente de que ella debía tomar la iniciativa—. Puesto que sólo nos diferenciamos en un par de pelotas, ¿nunca has sentido la necesidad de hacerte con unas?

—A ti te sientan mejor. Además, también te tocó el cerebro. Mejor será que sigamos juntos.

—¿Y tú qué sacarás de todo esto?

—La sonrisa de la victoria —Benna hizo una mueca.

—Pues, entonces, sonríe. Sólo una campaña más. —Bajó con un salto de la silla, enderezó el tahalí de su espada, lanzó las riendas hacia el mozo de cuadra y se encaminó a grandes pasos hacia la puerta interior de la entrada. Benna tuvo que seguirla a la carrera, porque, al echar a andar, se había enredado con su propia espada. Para ser una persona que vivía de la guerra, era un desastre en todo lo que tuviese que ver con las armas.

El patio interior, que al llegar a la cumbre de la montaña se dividía en terrazas bastante extensas en las que habían plantado unas exóticas palmeras, estaba aún más protegido que el exterior. Una antigua y alta columna procedente del palacio de Scarpus se erguía en su centro, lanzando un intenso reflejo hacia el estanque circular en el que pululaban muchos peces plateados. La inmensidad de vidrio, bronce y mármol que era el palacio del duque Orso dominaba las tres fachadas del patio como un gato monstruoso que atrapase entre sus garras a un ratón. Desde la primavera habían construido una nueva ala, bastante grande, a lo largo de la muralla norte, con adornos de piedra medio cubiertos por el andamiaje.

—Han estado edificando —dijo ella.

—Claro. ¿Cómo podría arreglárselas el príncipe Ario sólo con las diez habitaciones que tiene para meter en ellas los zapatos?

—En estos tiempos, el hombre que sólo tenga diez habitaciones para guardar el calzado nunca podrá ir a la moda.

—Yo sólo tengo treinta pares. Creo que mis reservas disminuyen con rapidez —Benna fruncía el ceño mientras miraba sus botas con hebillas de oro.

—Como nos pasa a todos —musitó ella. Un grupo de esculturas medio terminadas se alineaba a lo largo del tejado. El duque Orso dando limosna a los pobres. El duque Orso enseñando al ignorante. El duque Orso protegiendo al débil de cualquier daño.

—Me sorprende que no tenga a toda Styria lamiéndole el culo —le susurró Benna al oído.

—Ésa debe de ser la siguiente —señalaba con el dedo un bloque de mármol que habían comenzado a tallar.

—¡Benna!

El conde Foscar, que era el hijo pequeño de Orso, rodeó el estanco a la carrera como si fuera un perrito impaciente, haciendo mucho ruido con los zapatos al pisar la gravilla recién rastrillada, encendido el pecoso rostro. Acusaba el desafortunado intento de dejarse barba (ya hacía un año desde que Monza le hubiera visto por última vez), con el resultado de que los cuatro pelos sueltos de color arena que cubrían su rostro le hacían más aniñado. Aunque hubiera podido heredar toda la virilidad de su padre, daba la impresión de que una parte se había quedado por el camino. Benna sonrió burlonamente, le pasó un brazo por los hombros y le rascó la cabellera. Eso habría supuesto un insulto en caso de hacérselo otro, pero, haciéndoselo Benna, le parecía algo maravilloso. Él tenía cierta habilidad para hacer feliz a la gente, que a Monza le parecía mágica. La suya la llevaba, justamente, hacia la dirección opuesta.

—¿Aún está aquí tu padre? —preguntó Monza.

—Sí, y también mi hermano. Los acompaña su banquero.

—¿Y cómo anda de humor?

—Creo que bien, o eso parece, pero ya conoces a mi padre. Además, nunca se enfada con vosotros, porque siempre le traéis buenas noticias. Al igual que hoy, ¿o no?

—Yo se lo diré, Monza, o...

—Borletta ha caído. Cantain ha muerto.

—Cantain era un buen hombre —Foscar no se alegró, porque no compartía con su padre el apetito por los cadáveres.

—Era el enemigo de tu padre —para Monza las cosas no eran tan sencillas.

—Era un hombre al que se podía respetar. Apenas queda gente como él en Styria. ¿De veras que murió?

Benna hinchó las mejillas y dejó escapar el aire antes de decir:

—Bueno, le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica encima de las puertas; a menos que conozcas a algún médico fantástico...

Pasaron bajo una arcada bastante alta y accedieron a una sala en penumbra que resonaba igual que la tumba de un emperador, sólo iluminada por la luz que, al filtrarse desde unos altos ventana-

les, creaba columnas llenas de polvo en suspensión que llegaban hasta el suelo de mármol. Unas armaduras antiguas, que relucían en silencioso recogimiento, sujetaban en sus puños de hierro unas armas igual de vetustas. El nítido sonido de unas botas retumbó en las paredes cuando un hombre de uniforme oscuro llegó a su lado.

—Mierda —Benna decía a Monza, hablándole al oído—. Ahí está ese reptil de Ganmark.

—No te metas con él.

—Es que no me creo que ese bastardo de sangre fría sea tan bueno con la espada como dicen...

—Lo es.

—Si yo sólo fuera medio hombre...

—No lo eres. Así que no te metas con él.

El rostro del general Ganmark era singularmente suave, y sus bigotes lacios y sus pálidos ojos grises, siempre húmedos, le conferían cierto aire de tristeza perpetua. Se rumoreaba que lo habían expulsado del ejército de la Unión por cierta indiscreción de carácter sexual que tenía que ver con otro oficial, y que había cruzado el mar en busca de un amo con más amplitud de miras. La tolerancia del duque Orso era infinita en lo concerniente a sus militares, siempre que hiciesen bien su trabajo. Ella y Benna eran la prueba viviente de ello.

Ganmark saludó a Monza con una inclinación de cabeza llena de afectación.

—General Murcatto —luego repitió, mirando a Benna—: General Murcatto. Conde Foscar, ¿puedo presumir que ha hecho sus ejercicios?

—Me entreno durante todo el día.

—Entonces aún podremos hacer de usted un espadachín.

—Eso o un tipo aburrido —comentó Benna con un bufido.

—Cualquiera de las dos cosas ya sería algo —dijo Ganmark con su típico acento gutural de la Unión—. Un hombre sin disciplina no es mejor que un perro. Un soldado sin disciplina no es mejor que un cadáver. De hecho, es peor, porque un cadáver no supone ninguna amenaza para sus propios camaradas.

Benna abrió la boca, pero Monza se le adelantó. Ya tendría tiempo después para hacer el idiota, si quería.

—¿Cómo le fue en la campaña? —preguntó ella.

—Cumplí con mi papel, manteniendo los flancos de usted libres de Rogont y de sus soldados de Ospria.

—¿Conteniendo al Duque de la Dilación? —Benna sonreía con afectación—. Menudo desafío.

—Sólo actué de secundario. Un giro cómico en una gran tragedia, que, así lo espero, debió de ser debidamente apreciado por la audiencia.

Los ecos de sus pisadas se incrementaron cuando pasaron bajo otra arcada y entraron en la impresionante rotonda situada en el corazón del palacio. Sus curvas paredes eran vastos paneles esculpidos con escenas de la Antigüedad. Guerras entre demonios y magos, y otras tonterías parecidas. Arriba, en lo más alto, la gran cúpula mostraba un fresco en el que habían pintado siete mujeres con alas que se recortaban ante un cielo tormentoso; tenían armas, armaduras y la mirada airada. Los Hados, que llevan los destinos a la Tierra. La mejor obra de Aropella. Al parecer, había tardado siete años en terminarla. Monza decidió no olvidar lo menuda, débil y completamente insignificante que se sentía en aquel sitio. Era muy importante para ella.

Los cuatro subieron por una escalera lo suficientemente ancha para que el doble del número de personas subiera de frente por ella.

—Y, ¿adónde le llevó ese talento suyo para la comedia? —Monza preguntó a Ganmark.

—Junto con el fuego y el asesinato, hasta las puertas de Puranti, y luego de vuelta.

—¿Algún combate importante? —Benna fruncía los labios.

—¿Por qué hubiera debido implicarme en un combate? ¿No ha leído a su Stolicus? *Un animal lucha para conseguir la victoria...*

—*Un general avanza* —Monza terminó la cita por él—. ¿Suscitó muchas risas?

—Supongo que no muchas en el enemigo. Sólo unas pocas, preciosas, en algunos, pero así es la guerra.

—Siempre tengo tiempo para reírme entre dientes —dijo Benna.

—Algunas personas tienen la risa fácil. Eso las convierte en compañeros encantadores a la hora de cenar —los ojos tiernos de Granmark fueron hasta Monza—. Veo que no se ríe.

—Ya lo haré. En cuanto la Liga de los Ocho haya desaparecido y Orso sea rey de Styria. Entonces todos podremos colgar nuestras espadas.

—Por experiencia propia, puedo asegurarle que las espadas no se quedan colgadas mucho tiempo de ningún sitio. Tienen la costumbre de volver por su cuenta a las manos de quienes las empuñaron.

—Me atrevería a decir que Orso seguirá con usted —dijo Benna—. Aunque sólo sea para sacar brillo a las baldosas del suelo.

—Entonces puedo asegurarle que Su Excelencia tendrá los suelos más limpios de toda Styria —Ganmark apenas dio un respingo.

La escalera finalizaba delante de un par de puertas altas, muy brillantes por la madera pulimentada con que habían sido construidas, las cuales presentaban unos rostros de leones. Un hombre grueso subía y bajaba por los escalones situados delante de ellas, a la manera del viejo perro guardián que vigila el dormitorio de su amo. Era Fiel Carpi, el capitán más antiguo de las Mil Espadas, cuyo rostro viril, ancho y curtido se hallaba surcado por las cicatrices de mil combates.

—¡Fiel! —Benna agarró al viejo mercenario por la gruesa tajada de carne que era una de sus manos—. Mira que subir por una montaña a tus años. ¿No deberías estar ahora en algún burdel?

—Estaba en uno de ellos —Carpi se encogió de hombros—. Pero Su Excelencia me mandó llamar.

—Y como eres un buen chico... obedeciste.

—Por algo me llaman Fiel.

—¿Cómo andaban las cosas en Borletta? —preguntó Monza.

—Tranquilas. La mayoría de los hombres quedaron acuartelados fuera de la ciudad, con Andiche y Victus. Pensé que así no podrían incendiarla. Dejé en el palacio de Cantain a algunos de los de más confianza con Sesaria, para que los vigilase. Perros viejos como yo, de los tiempos de Cosca. Hombres maduros, poco inclinados a obrar de manera impulsiva.

—Querrás decir un poco lentos —dijo Benna, cloqueando.

—Lentos en el pensar, aunque estables. Ya hemos llegado.

—¿Qué tal si entramos? —Foscar apoyó un hombro en una de las puertas y la abrió. Ganmark y Fiel le siguieron. Monza se detuvo un momento en el umbral, intentando poner una cara más se-

ria. Levantó la mirada y vio que Benna sonreía. Le devolvió la sonrisa de manera instintiva. Se inclinó y le dijo al oído:

—Te quiero.

—Por supuesto que me quieres —dijo un paso en el umbral y ella le siguió.

El estudio privado del duque Orso era una sala de mármol tan grande como la plaza de un mercado. Unos ventanales altos ocupaban en solemne procesión una de sus paredes, dejando pasar una brisa penetrante que hacía estremecer y retorcerse las vívidas colgaduras del estudio. Más allá, una larga terraza parecía colgar en medio del aire, dominando la cuesta más empinada que llevaba hasta la cumbre de la montaña.

La pared de enfrente estaba cubierta con unos paneles que llegaban hasta el techo, pintados por los artistas más notables de Styria con objeto de mostrar las mayores batallas de su historia. Las victorias de Stolicus, de Harod el Grande, de Farans y de Verturio, todas ellas conservadas en óleos majestuosos. El mensaje de que Orso era el último de un linaje de regios conquistadores resultaba difícil de obviar, aunque su bisabuelo no sólo hubiera sido un usurpador sino un criminal convicto.

La pintura mayor de todas se encontraba frente a la puerta, a una altura, al menos, de diez largos pasos. Como no podía ser menos, representaba al gran duque Orso. Aparecía montado encima de un destrero rampante, alta la refulgente espada, los penetrantes ojos fijos en el lejano horizonte, incitando a sus hombres a la victoria en la batalla de Etreá. El pintor parecía desconocer que Orso había estado a más de ochenta kilómetros de ella.

Pero las mentiras bonitas siempre vencen a las verdades aburridas, como frecuentemente él mismo había dicho a Monza.

El mismísimo duque de Talins, con aire avinagrado, empuñando una pluma y no una espada, se sentaba ante un escritorio. Un hombre alto, macilento, de nariz ganchuda se encontraba de pie a su lado, mirando hacia abajo con la misma perspicacia que el buitre que aguarda a que los viajeros perdidos mueran de sed. Entre las sombras de la pared, una silueta de buen tamaño se agazapaba cerca de ambos. Gobba, el guardaespaldas de Orso, cuyo cuello era tan gordo como el de un cerdo enorme. El príncipe Ario, hijo

primogénito del duque y su heredero, se repantigaba en una silla dorada, cerca de ellos. Había cruzado una pierna por encima de la otra y movía con descuido una copa de vino, mientras una sonrisa blanda se dibujaba en su rostro bello e inexpresivo.

—¡Me encontré a estos mendigos vagando por el campo y pensé encomendarlos a tu caridad, padre! —exclamó Foscar.

—¿Caridad? —La aguda voz de Orso reverberó en la cavernosa estancia—. Sabes que no me gustan las tonterías. Pónganse cómodos, amigos míos; en un momento estaré con ustedes.

—Vaya, pero si son la Carnicera de Caprile y su pequeño Benna —comentó Ario en voz baja.

—Vuestra Alteza está tan bien como siempre —aunque a Monza le pareciera estar viendo a un gallito indolente, se guardó de decirlo.

—Usted también. Si todos los soldados tuvieran su apariencia, creo que me gustaría apuntarme a la campaña. ¿Una nueva baratija? —Ario movió con languidez su mano enjovada para señalar el rubí que Monza llevaba en el dedo.

—Es lo que tenía a mano mientras me vestía.

—Me habría gustado estar presente. ¿Vino?

—¿Tan pronto? Si apenas ha amanecido.

Él echó una mirada de ojos abotagados a las ventanas y dijo, como si estar levantado hasta muy tarde fuera una proeza:

—En lo que a mí concierne, la noche ya está lejos.

—Tomaré un poco.

Benna había comenzado a servirse una copa de vino por su cuenta: mejor aprovechar la fanfarronada antes de que decayera. Era casi seguro que antes de una hora estaría borracho y que luego se sentiría avergonzado, porque Monza ya estaba cansada de hacer siempre de madre. Se paseó por delante de la monumental chimenea, sujeta por las figuras talladas de Jovens y Kanedias, y se dirigió al escritorio de Orso.

—Firmad aquí, aquí y aquí —decía el hombre macilento mientras esgrimía un dedo huesudo por encima de los documentos.

—¿Está seguro, Mauthis? —Orso le miró como si se sintiese incómodo—, mi arrendatario.

—Sólo vuestro humilde servidor, Excelencia. La Banca de Valint y Balk accede a prorrogar este crédito por un año, después

del cual, aun lamentándolo mucho, tendrá que cobraros los intereses.

—Sí, seguro que lo lamenta tanto como la peste por los muertos que deja. Estaré comprometido con ustedes —dijo Orso con un bufido—. Todos acabamos por arrodillarnos ante alguien, ¿no es así? Asegúrese de comunicar a sus superiores mi infinita gratitud por su indulgencia.

—Así lo haré —Mauthis recogió los documentos—. Esto concluye nuestro asunto, Excelencia. Debo irme ahora mismo, si quiero aprovechar la marea de la tarde para llegar a Westport...

—Aún no. Quédese un poco más. Debemos tratar otro asunto.

—Como desee Vuestra Excelencia —los inexpressivos ojos de Mauthis fueron hacia Monza y luego hacia Orso.

El duque se levantó parsimoniosamente de su escritorio y dijo:

—Entonces, tratemos cuestiones más placenteras. Me traen buenas noticias, ¿no es así, Monzcarro?

—Así es, Excelencia.

—Ah, ¿qué haría yo sin usted?

Sus cabellos negros tenían una veta de color gris acero que Monza no había visto en la última entrevista mantenida con él y, quizá, unas líneas más profundas en los rabillos de los ojos, aunque su forma de mandar en todo fuera tan impresionante como siempre. Se inclinó hacia delante y la besó en ambas mejillas, para luego susurrarle al oído:

—Aunque Ganmark pueda dirigir a los hombres con cierta facilidad, no tiene el menor sentido del humor, y eso que es un chupapollas. Vamos, cuénteme sus victorias en el campo de batalla —puso un brazo encima de los hombros de la joven y, dejando atrás al príncipe Ario, que se había echado a roncar, pasó con ella por uno de los abiertos ventanales, llegando a la alta terraza.

El sol comenzaba a escalar el cielo y el brillante orbe se llenaba de colorido. El cielo había perdido su color de sangre, adquiriendo otro azul intenso mientras unas nubes blancas se arrastraban en lo alto. Abajo, en el mismísimo fondo del vertiginoso precipicio, el río serpenteaba por las boscosas estribaciones del valle, cubiertas con otoñales hojas de verde pálido, de naranja tostado, de amarillo

desvaído, de rojo intenso, y la luz relucía plateada en las apresuradas aguas. Hacia el este, el bosque daba paso a un parcheado de campos de labranza, cuadrados de tierras verdes de barbecho, de rica tierra negra, de rastros dorados. Un poco más lejos, el río se encontraba con el mar gris para formar un amplio delta plagado de islas. Con la fuerza de la imaginación, Monza vislumbraba en ellas torres, edificios, puentes, murallas. La Gran Talins, no mucho mayor ante su vista que la uña de su pulgar

Entornó los ojos ante la fuerte brisa que apartaba de su rostro algunos de sus cabellos.

—Jamás me canso de esta vista.

—No me extraña. Por eso edificué este maldito lugar. Desde aquí siempre puedo vigilar a mis súbditos como un padre a sus pequeños. Pero sólo para asegurarme de que no se hacen daño mientras juegan, ya me comprende.

—Vuestra gente tiene suerte de tener en vos a un padre tan justo y preocupado —respondió ella con una mentira piadosa.

—Justo y preocupado —Orso frunció la frente, pensativo, mientras miraba el distante mar—. ¿Cree usted que la historia me recordará?

—¿Qué dijo Bialoveld? *La historia la escriben los vencedores* —pero eso le parecía hartamente improbable.

—Muy bien, veo que además es usted muy leída —el duque le apretó nuevamente en el hombro—. Ario posee la necesaria ambición, pero carece de perspicacia. Me sorprendería que fuese capaz de leer de corrido una señal de carretera. Sólo se preocupa por las putas. Y por los zapatos. Por otra parte, mi hija Terez no hace más que llorar desconsoladamente porque la casé con un rey. Puedo asegurarle que si le hubiera dado como marido al gran Euz, habría estado gimoteando por no tener un marido que se amoldase mejor a su condición —lanzó un profundo suspiro—. Ninguno de mis hijos me comprende. Ya sabe usted que mi bisabuelo fue un mercenario. Es una circunstancia que no me agrada revelar —pero que contaba a Monza cada vez que se veían—. Un hombre que jamás derramó una lágrima en toda su vida y que pisoteó lo que tenía al alcance de la mano. Un luchador de baja cuna que se apoderó de Talins con la agudeza de su mente y de su espada —la versión que

había oído Monza hablaba de una rudeza desmesurada y una gran brutalidad—. Usted y yo estamos hechos de la misma pasta. Nos hemos hecho a nosotros mismos a partir de cero.

—Me honráis sobremanera, Excelencia —Monza se mordía la lengua, porque Orso, que había nacido en el ducado más poderoso de Styria, no sabía lo que era trabajar duro.

—Se merece aún más. Y ahora hábleme de Borletta.

—¿Queréis que os hable de la batalla de la Margen Alta?

—¡Me han dicho que usted desbarató el ejército de la Liga de los Ocho como antes en Dulces Pinos! Ganmark dice que las fuerzas del duque Salier triplicaban en número a las suyas.

—El número de las fuerzas no favorece cuando son flojas, están mal preparadas y mandadas por idiotas. Un ejército de granjeros de Borletta, de zapateros remendones de Affoia, de sopladores de cristal de Visserine. Aficionados. Acamparon junto al río, suponiendo que estábamos lejos, y apenas pusieron centinelas. Atravesamos los bosques a medianoche y caímos sobre ellos al amanecer, porque ni siquiera se habían puesto las armaduras.

—¡Me imagino a ese cerdo seboso de Salier saltando de la cama para echar a correr!

—Fiel dirigió la carga. Los derrotamos enseguida y nos hicimos con sus suministros.

—Me han dicho que los campos, de dorados que eran, se volvieron carmesés.

—Lucharon mal. Los que se ahogaron al intentar cruzar el río fueron diez veces más que los que murieron luchando. Hicimos más de cuatro mil prisioneros. Unos quedaron en libertad tras pagar el rescate, otros no, y los demás fueron ahorcados.

—Nadie derramó muchas lágrimas, ¿verdad, Monza?

—Yo no. Si tanto querían vivir, ¡que se hubiesen rendido!

—Como hicieron en Caprile —Monza miró fijamente los negros ojos de Orso—. Entonces, ¿Borletta sigue bajo asedio?

—Ya ha caído.

—¿Ha caído? ¿Se ha rendido Cantain? —el rostro del duque se encendió como el de un chico en su fiesta de cumpleaños.

—Cuando los suyos se enteraron de la derrota de Salier, perdieron la esperanza.

—Y la gente sin esperanza es una muchedumbre peligrosa, incluso en una república.

—Especialmente en una república. El populacho sacó a Cantain del palacio y lo colgó en la torre más alta; luego abrieron las puertas y se pusieron a merced de las Mil Espadas.

—¡Ja! Asesinado por el mismísimo pueblo al que quiso dar la libertad. He ahí la gratitud de los plebeyos, ¿eh, Monza? Cantain debió aceptar mi dinero cuando se lo ofrecí. A los dos nos habría salido más barato.

—Todos se atropellan unos a otros para convertirse en vuestros súbditos. He ordenado que no les hagan daño, siempre que sea posible.

—¿Piedad?

—La piedad y la cobardía son lo mismo —dijo ella, cortante—. Vos queréis sus tierras, no sus vidas. Los muertos no obedecen.

—¿Por qué será que mis hijos no se saben la lección tan bien como usted? —Orso sonreía—. Estoy completamente de acuerdo. Que ahorquen sólo a los líderes. Y que la cabeza de Cantain siga encima de las puertas. Nada anima más a la obediencia que un buen ejemplo.

—Ya está a punto de pudrirse junto con las de sus hijos.

—¡Excelente trabajo! —el señor de Talins aplaudió, como si la noticia de aquellas cabezas pudriéndose fuese una música agradabilísima que jamás hubiese escuchado—. ¿Qué hay de los ingresos?

Como el asunto de los ingresos incumbía a Benna, éste dio un paso al frente mientras sacaba un papel doblado del bolsillo que tenía en la pechera de su casaca.

—La ciudad fue registrada, Excelencia. Todos los edificios quedaron vacíos, se miró debajo de todas las alfombras, se cacheó a todo el mundo. Hemos seguido las reglas acostumbradas, según los términos del contrato. Una cuarta parte para el hombre que encuentra lo que sea de valor, otra para su capitán, otra para los generales —entonces hizo una reverencia, alisó el papel y se lo entregó— y la última para nuestro noble patrón.

La sonrisa de Orso creció a medida que observaba las cuentas.

—¡Mis bendiciones para la regla de las cuartas partes! He conseguido lo suficiente para que ustedes dos sigan un poquito más a

mi servicio —se acercó a Monza y Benna, puso una mano amable encima de sus respectivos hombros y atravesó con ellos los abiertos ventanales, conduciéndolos hacia la mesa circular de blanco mármol que se hallaba en el centro de la habitación y el gran mapa desplegado encima. Ganmark, Ario y Fiel estaban alrededor de ella. Gobba seguía agazapado entre las sombras, sus gruesos brazos sobre el pecho—. ¿Y qué ha sido de nuestros antaño amigos y ahora peores enemigos, los traidores ciudadanos de Visserine?

—Los campos que rodean la ciudad quedaron arrasados —Monza había hecho una carnicería por la región con sólo mover un dedo—, los granjeros fueron expulsados y el ganado aniquilado. Será un magro invierno para el duque Salier, y la primavera aún lo será más.

—Tendrá que contar con el noble duque Rogont y sus soldados de Ospria —dijo Ganmark con la más sutil de las sonrisas.

—Ospria siempre habla mucho, pero nunca hace nada —era el príncipe Ario.

—Visserine caerá en vuestro regazo el próximo año, Excelencia.

—Y entonces le habremos arrancado el corazón a la Liga de los Ocho.

—La corona de Styria será vuestra.

—Y se lo tendremos que agradecer a usted, Monzcarro. No lo olvidaré —la sonrisa de Orso se hizo aún más marcada al oír hablar de coronas.

—No sólo a mí.

—Al infierno su modestia. Pues claro que Benna ha tenido parte en ello, lo mismo que nuestro buen amigo el general Ganmark y también Leal; pero nadie puede negar que el trabajo ha sido suyo. ¡Su compromiso, su disposición de pensamiento, su rapidez al actuar! Tendrá un gran triunfo como los héroes de la antigua Aulcus. Cabalgará por las calles de Talins y mi gente le arrojará una lluvia de pétalos de flores para honrar sus muchas victorias —aunque Benna sonriese, enseñando los dientes, Monza no le secundó, porque nunca se había complacido en aquel tipo de celebraciones—. Creo que la vitorearán mucho más de lo que jamás harán con mis hijos. La vitorearán mucho más que a mí, su legítimo se-

ñor, a quien tanto deben. —Cuando Orso dejó de sonreír fue como si su rostro mostrase cansancio, tristeza y la edad de los muchos años que tenía—. A decir verdad, creo que la vitorearán un poquito más fuerte de lo que me gustaría.

Monza percibió un súbito destello con el rabillo del ojo, lo suficiente para levantar una mano instintivamente.

El alambre suscitó un siseo a su alrededor, alcanzándola en la barbilla y hundiéndose profundamente en su garganta, tanto que casi la ahogó.

Benna se abalanzó hacia delante.

—Ben...

Hubo un brillo metálico cuando el príncipe Ario le apuñaló en el cuello. El puñal no fue a parar a su garganta, sino debajo de una oreja.

Orso retrocedió precavidamente cuando la sangre salpicó de rojo las losetas del suelo. Foscar se quedó boquiabierto mientras la copa de vino se le caía de las manos y se hacía añicos en el suelo.

Monza intentó gritar. Pero como apenas podía farfullar por culpa de su tráquea, que estaba medio obstruida, sólo consiguió un chillido porcino. Y como la mano que tenía libre podía llegar hasta la empuñadura de su puñal, alguien la agarró por la muñeca. Fiel Carpi se apretaba contra su costado izquierdo.

—Lo siento —musitó a la joven en el oído mientras sacaba su espada de la vaina y la tiraba al suelo, donde cayó con un estruendo de metal.

Benna tropezó. Era una cosa espantosa manchada de rojo, con una mano agarrada a uno de los lados de su rostro y la negra sangre saliéndole a borbotones por entre los blancos dedos. Su otra mano fue hacia la espada mientras Ario le miraba alhelado. Cuando apenas había sacado un palmo de acero, y eso con suma dificultad, el general Ganmark se le acercó y le apuñaló fría y metódicamente, una, dos, tres veces. La delgada hoja entró por el cuerpo de Benna y salió de él, mientras lo único que se escuchaba era el tenue hálito que abandonaba su boca entreabierta. La sangre cruzó el suelo en largos regatos y comenzó a formar unos círculos oscuros en su camisa blanca. Titubeó hacia delante, tropezó con sus propios pies y

se derrumbó, rascando con su espada medio desenvainada el mármol que se encontraba bajo él.

Monza se envaró y tensionó todos los músculos de su cuerpo, pero estaba tan indefensa como una mosca atrapada en la miel. Oyó que Gobba le decía algo al oído, resoplando mientras lo hacía, aplastando su rostro porcino contra su mejilla, apoyando su cuerpo enorme y sudoroso en el suyo. Sintió que el alambre comenzaba a cortarle lentamente ambos lados del cuello y la mano que había quedado aprisionada por debajo de él. Sintió que la sangre le corría por el antebrazo para llegar al cuello de su camisa.

Benna se apoyó en el suelo con una mano, para impulsarse con ella y acercarse a Monza. Pudo levantarse medio palmo mientras las venas se le marcaban muchísimo en el cuello. Ganmark se agachó hacia delante y, muy despacio, le atravesó el corazón por detrás. Benna se estremeció durante un instante y luego cayó al suelo, quedándose inmóvil mientras sus pálidas mejillas se manchaban de rojo. La negra sangre reptó por el suelo y se abrió paso por las hendiduras de las baldosas.

—Bueno —Ganmark se agachó y limpió su arma en la espalda de la camisa de Benna—. Se acabó.

Mauthis lo observaba todo con el ceño fruncido. Entre sorprendido, molesto y aburrido. Como si examinara a un grupo de personas con las que no quisiera juntarse.

—Deshazte de eso, Ario —Orso señalaba al cadáver.

—¿Yo? —el príncipe hizo una mueca.

—Sí, tú. Y que Foscar te ayude. Los dos tenéis que aprender todo lo que hay que hacer para que nuestra familia siga en el poder.

—¡No! —Foscar tropezó—. ¡Yo no tomaré parte en esto! —se volvió y salió corriendo de la habitación, pisando con fuerza en el suelo de mármol.

—Ese chico tiene la inconsistencia del jarabe —murmuró Orso cuando se hubo ido—. Ganmark, ayúdale tú.

Los ojos salientes de Monza los siguieron mientras arrastraban el cadáver de Benna y lo llevaban a la terraza. El siniestro y cuidadoso Ganmark lo agarraba por la cabeza mientras que Ario maldecía y lo cogía, melindroso, por una bota, sin importarle que la otra

dejase una senda de sangre tras ellos. Subieron a Benna a la balastrada y lo dejaron caer. Ya se habían librado de él.

—¡Ah! —Ario se quejó lastimeramente—. ¡Maldito! ¡Me he cortado por tu culpa!

—Lo lamento, Alteza. El asesinato puede ser un asunto doloroso —Ganmak se le había quedado mirando durante un instante.

El príncipe bajó la mirada para encontrar algo donde secarse las manos ensangrentadas. Se acercó a las ricas colgaduras que había junto a un ventanal.

—¡Ahí no! —exclamó Orso—. ¡Es seda de Kanta, a cincuenta escamas la pieza!

—Entonces, ¿dónde me seco?

—Encuentra otro sitio, ¡o sigue manchado de rojo! A veces me pregunto, chico, si tu madre me engañó acerca de tu paternidad. —Con aire hosco, Ario se secó las manos en la pechera de la camisa mientras Monza le miraba fijamente, con la cara roja por la falta de aire. Orso se inclinó sobre ella, cuyos ojos húmedos, medio cubiertos por sus cabellos enmarañados, apenas lo veían como un bulto negro—. ¿Aún vive? ¿Cómo vas a arreglarlo, Gobba?

—Metió una mano por debajo del maldito alambre —dijo con un siseo el guardaespaldas.

—Pues intenta acabar con ella de otra manera, menguado.

—Yo lo haré —mientras seguía sujetando con una mano una de las muñecas de Monza, Fiel sacó el puñal que Monza aún tenía dentro de su vaina—. De veras que lo siento.

—¡Hazlo! —rezongó Gobba.

La hoja fue hacia atrás, un acero tan reluciente como un rayo de luz. Monza dio un pisotón a Gobba con toda la fuerza que le quedaba. El guardaespaldas gruñó y dejó de hacer fuerza con el alambre, de suerte que Monza pudo quitárselo del cuello y luego retorcerse con un rugido mientras Carpi intentaba apuñalarla.

La hoja erró su blanco por mucho y la arañó en la última costilla. Aunque el metal estuviera frío, a ella le pareció muy ardiente, como si una línea de fuego le recorriera el cuerpo desde el estómago a la espalda. Luego, su punta alcanzó a Gobba en la barriga.

—¡Agg! —cuando soltó el alambre, Monza comenzó a gritar como una loca, alcanzándole con el codo y haciéndole tambalear-

se. El desprevenido Fiel dejó caer el cuchillo que acababa de sacarle a ella del cuerpo, que rodó por el suelo. Monza le dio una patada, no acertando en la ingle, pero sí en la cadera, de suerte que le hizo doblarse en dos. Luego agarró el puñal que Gobba llevaba al cinto y lo sacó de su vaina; pero como el corte que tenía en la mano no le permitía muchos movimientos, el guardaespaldas la agarró por la muñeca antes de que pudiera clavárselo. Ambos se pelearon para cogerlo, enseñando los dientes y escupiéndose, yendo de aquí para allá, manchándose las manos con la sangre de Monza.

—¡Mátala!

Sintió un golpe y la cabeza se le llenó de luz. El suelo chocó contra su cráneo y uno de sus hombros. Escupió sangre, y sus locos chillidos se convirtieron en un quejido sostenido mientras intentaba agarrarse con las uñas al pulimentado suelo.

—¡Maldita zorra!

El tacón de la enorme bota de Gobba le pisó la mano derecha, enviando hacia su antebrazo una oleada de dolor tan insoportable que le provocó náuseas. Su bota le aplastó los nudillos, los dedos y la muñeca. Mientras tanto, la bota de Fiel le pisoteaba las costillas una y otra vez, haciendo que tosiera y se estremeciese. Su aplastada mano acabó finalmente por caer hacia un lado. El tacón de Gobba siguió pisándola hasta que la aplanó contra el frío mármol y le astilló los huesos. Ella se dejó caer pesadamente al suelo, incapaz de respirar; la habitación daba vueltas a su alrededor, y los históricos vencedores de las pinturas la miraban con aire torvo.

—¡Me has apuñalado, maldito y necio bastardo! ¡Me has apuñalado!

—¡No se te puede apuñalar, cabeza de grasa! ¡Deberías haberla agarrado mejor!

—¡Seré yo quien os apuñale a los dos, so inútiles! —dijo Orso, escupiendo las palabras—. ¡Acabad de una vez!

El bestial puñetazo de Gobba que Monza recibió en el cuello casi la levantó del suelo. Intentó agarrarle con la mano izquierda, pero toda la fuerza se le había ido por el agujero que tenía en el costado y los cortes del cuello. Las desmañadas yemas de sus dedos sólo dejaron unas líneas rojas en su rostro abotagado. El otro brazo se lo estaban retorciendo por detrás de la espalda.

—¿Dónde está el oro de Hermon? —decía la áspera voz de Gobba—. Eh, Murcatto, ¿qué hiciste con el oro?

Monza intentó levantar la cabeza.

—Lámeme el culo, chupapollas —aunque no fuera una buena idea, aquellas palabras le salían del fondo del corazón.

—¡Jamás existió ese oro! —exclamó Fiel—. ¡Te lo dije, cerdo!

—Existe, y es mucha cantidad. —Uno a uno, Gobba fue sacando las golpeadas sortijas de sus machacados dedos, que ya estaban hinchados y comenzaban a adquirir un color púrpura muy marcado, tan deformados como salchichas podridas—. Qué piedra tan bonita —dijo al ver el rubí—. Me parece que esto es un desperdicio de carne buena. ¿Por qué no me dejáis un momento a solas con ella? Sólo necesito un momento.

El príncipe Ario rió con disimulo.

—No me parece que la rapidez sea algo de lo que haya que ufanarse.

—¡Por piedad! —era la voz de Orso—. No somos animales. Por la terraza y acabemos de una vez. Ya llego tarde al almuerzo.

Sintió que la levantaban, porque su cabeza fue de un lado para otro. La luz del sol la apuñaló. Entonces arrastró las botas por el pavimento. El cielo se volvió azul. La subieron hasta la balaustrada. El aliento rozó su nariz, se estremeció en su pecho. Ella se retorció y pataleó. Su cuerpo intentaba en vano seguir con vida.

—Permitidme que me asegure —era la voz de Ganmark.

—¿Qué grado de seguridad necesitamos? —ella podía ver el gastado rostro de Orso a través del enmarañado pelo que ocultaba sus ojos—. Espero que me comprenda. Mi abuelo fue un mercenario. Un luchador de baja cuna. Un luchador de baja cuna que se hizo con el poder gracias a la agudeza de su mente y de su espada. No puedo permitir que otro mercenario se haga con el poder en Talins.

Ella intentó escupirle en la cara, pero sólo consiguió un flujo de babas ensangrentadas que le corrieron barbilla abajo.

—Que te jodan...

Y entonces salió volando.

Su camisa rasgada se agita, ondeando contra su piel estremecida. Se da la vuelta varias veces y el mundo gira a su alrededor. Un

cielo azul con hilachas de nubes, unas torres negras en la cumbre de la montaña, un suelo de rocas grises que se acerca vertiginosamente, unos árboles verde-amarillentos y un río chispeante, un cielo azul con hilachas de nubes, etc., etc., todo cada vez más rápido.

El frío viento desgarró sus cabellos, ruge en sus oídos, silba entre sus dientes junto con su aliento dominado por el terror. Ahora ya puede ver cada árbol, cada rama, cada hoja. Aparecen ante ella. Abre la boca para gritar...

Las ramas la secuestran, la agarran, la laceran. Una rama rota la golpea y le hace dar vueltas. Los troncos que la rodean crujen y la hieren, mientras ella sigue cayendo más y más y se estrella contra la falda de la montaña. Sus piernas se astillan por la vertiginosa caída, sus hombros se dislocan al chocar con la tierra firme. Pero, en vez de rociar las rocas con sus sesos, sólo se rompe la mandíbula contra el pecho de su ensangrentado hermano, porque su desmadejado cuerpo se ha quedado acurrucado junto al tronco de un árbol.

Así fue como Benna Murcatto salvó la vida de su hermana.

Rebotó contra el cadáver, sin sentir las tres cuartas partes de su cuerpo, y siguió bajando por la ladera. Más y más, golpeándose como una muñeca rota. Las rocas, las raíces y la dura tierra la machacaron, la golpearon, la aplastaron con la fuerza de cien martillos.

Se precipitó contra un montón de arbustos, cuyas espinas la azotaron y se le clavaron. Rodó y rodó por la curva tierra en una nube de hojas y de polvo. Pasó por encima del tronco de un árbol y se desplomó encima de una roca cubierta de musgo. Poco a poco fue deteniéndose y quedó boca arriba. Todo estaba en silencio.

—Uuuuuuurrrrrhhh...

Las piedras siguieron cayendo a su alrededor, junto con palitos y gravilla. El polvo se asentó poco a poco. Escuchó el viento que chirriaba en las ramas y susurraba en las hojas. O su propio aliento, que chirriaba y silbaba en su garganta destrozada. El sol parpadeaba entre los negros árboles, apuñalándole en un ojo. El otro se le había quedado a oscuras. Las moscas zumbaban, volando y fluctuando en el cálido aire de la mañana. Había ido a parar junto a los desechos de la cocina de Orso. Desmadejada e indefensa entre

las verduras podridas, las nauseabundas grasas y los apestosos menudillos que componían las sobras de los magníficos platos del último mes. La habían arrojado como unas sobras más.

—Uuuuuuurrhhh...

Un estertor discontinuo e inconsciente. Se sentía molesta, pero no podía evitarlo. Un terror animal. Una desesperación ciega. El lamento de los muertos en el infierno. Su ojo sano escrutó enloquecido los alrededores. Vio el despojo en el que se había convertido su mano derecha, un guante informe de color púrpura con una abertura sangrienta en un lado. Un dedo le temblaba ligeramente. Su última falange se aplastaba contra la piel levantada de su codo. El antebrazo estaba doblado en dos y una pequeña astilla de hueso gris asomaba por entre la seda ensangrentada. No parecía real. Más bien era como la viga de un teatro barato.

—Uuurhhh...

El miedo comenzaba a dominarla, aumentando tras cada vahído. No podía mover la cabeza. Tampoco la lengua. Podía sentir en los confines de su mente que el dolor la roía. Una masa enorme la apretaba por todas partes, aplastaba hasta la menor parte de su cuerpo, cada vez más, más y más.

—Huurhh... uurh...

Benna había muerto. Sintió que una raya húmeda abandonaba su ojo parpadeante y se deslizaba lentamente mejilla abajo. ¿Por qué no había muerto? ¿A qué se debía que no hubiese muerto?

Que sea pronto, por favor. Antes de que el dolor se haga insoportable. Por favor, que sea pronto.

—Uurh... uh... uh.

Por favor, la muerte.